

DON QUIJOTE



ESTE PERIÓDICO SE COMPRO. PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

NECROLOGÍA

D. Cosme Echevarrieta.

Toda la prensa, sin distinción de matices, desde *El Imparcial*, monárquico, á *El País*, republicano, han llorado la muerte de este hombre extraordinario, todo corazón, todo inteligencia, que hacía pensar en una humanidad nueva, hechura y semejanza de Dios...

Hombres como Echevarrieta no debían morir nunca. Pero el destino se equivocó con lamentable frecuencia. Mata á Echevarrieta y deja vivir á Maura. ¡Es cosa de indignarse!

Nuestro pésame muy sentido, muy sincero, á la familia del ilustre muerto.

Llorar por la muerte de ese hombre, es deber de todo el que le haya conocido.

D. Laureano Figuerola.

Otra gloria que se desvanece. D. Laureano Figuerola era, en opinión hasta de sus adversarios políticos, un hombre superior, verdaderamente superior—y nos van quedando ya tan pocos!—que hizo desde el Ministerio de Hacienda toda una revolución en beneficio del país contribuyente.

Gran carácter, gran inteligencia, gran voluntad. D. Laureano Figuerola era hombre que había merecido bien de la patria.

Lloramos en él la pérdida de uno de los buenos.

D. Ignacio Hidalgo Saavedra.

Unido á él con lazos de entrañable amistad, su muerte me ha producido dolor tan grande, que no sé cómo expresarlo con palabras.

Nos vamos quedando solos. Ayer Cala y Preboste y Cervera; hoy Echevarrieta, Figuerola y Hidalgo Saavedra.

El dolor, cuando es sincero, es poco retórico. Evitemos palabras. Pero conste á la familia del Sr. Hidalgo Saavedra que lloramos con ella la muerte de nuestro ilustre amigo.

EL 73

Tres Repúblicas ha tenido Francia en menos de un siglo. Primero, la trágica y terrible del 92, la de la guerra y la dictadura, la del terror y la guillotina; aquella en que la gran Revolución consumió su heroico suicidio. Luego la fugaz, soñadora y turbulenta del 48, entregada al cesarismo por la discordia democrática. Y, en fin, la cautelosa, discreta, sabiamente calculadora, del 70, la que recogió á la patria, hundida en el cieno sangriento de Sedan, y tras una lucha poética de más de treinta años contra la eterna conjura reaccionaria, ha devuelto á la humanidad y á la civilización una Francia nueva, como nunca próspera, rica, potente y respetada. Si el pueblo francés se hubiese inspirado en el aparente escarmiento de sus dos primeras Repúblicas, nunca hubiera sido redimido por la tercera.

No siempre es la lección de los hechos aquella que aparece evidente en un examen superficial. Un criterio más hondo, acercando á discernir lo esencial de lo accidental y lo necesario de lo contingente, suele deducir de los sucesos muy otras enseñanzas. Imputar á la República francesa del 92 ó á la española del 73 aquellas perturbaciones, de que fueron, más que actrices, víctimas, es grande injusticia. En general, es enorme la que se comete con las instituciones nuevas. A nadie le ocurre exigir que un niño recién nacido se conduzca como un adulto. Tratándose de instituciones, lejos de tenerse en cuenta la edad, se condena en las recientes lo que se abusaba en las vetustas. Un error en el veredicto de un Jurado escandalizó más que cien equivocaciones judiciales. Los defectos del régimen parlamentario son criticados más acerbamente que los del régimen personal. Lo que bajo la Monarquía se soportaba con mansedumbre, parecería bajo la República de todo punto intolerable.

Exigencia justa—se dirá—, ya que las instituciones nuevas, á título de superiores, son defendidas é instauradas. Cierzo. Pero pretender que tal superioridad se muestre en toda su plenitud desde el primer día, es una pretensión absurda, que no abona ninguna experiencia. El arcabuz y el mosquete primitivos eran armas más pesadas y de menor eficacia que el arco y la honda. El primer cañón de sitio fué un instrumento notoria-

mente inferior á los ingenios de la antigua balística. Es muy dudoso que las ventajas del camino de hierro sobre los anteriores medios de transporte, ó del telégrafo eléctrico sobre el óptico, compensaran al principio los gastos y dificultades de una costosa instalación. Para que una innovación cualquiera deba y merezca ser adoptada, no es menester que su superioridad se haga evidente desde luego; basta que haya en el invento esperanza razonable de perfeccionamientos futuros. Ese instinto nativo de progreso ha sabido adivinar, desde los primeros informes, ensayos, lo que sería más tarde el maüsser, el cañón Krupp, la locomotora norteamericana ó el telégrafo eléctrico sin hilos. Nada de esto existiría á haberse exigido la perfección en los comienzos.

Sirvan estas observaciones á modo de advertencias para los sistemáticos detractores de aquella República del 73, que, cualesquiera que hayan podido ser sus yerros, no perdió un imperio colonial, ni sacrificó estérilmente á una generación, ni arrojó al mar el patrimonio de nuestros hijos, ni manchó nuestra leyenda, ni nos puso en la piqueta de las naciones. Por cuya razón, bien merecen sus extravíos alguna indulgencia de parte de los defensores de un régimen bajo el cual tantas y tan grandes cosas se han perdido.

ALFREDO CALDERÓN

NOCTURNO

Risueños los ojos y suelto el cabello, con grana en los labios, con nieve en el cuello, haciendo mohinos de niña mimada, desde el cielo al borde de mi propia almohada ayer entre sueños vi el angel caer; era tan alegre como una alborada, era tan hermoso como una mujer.

No sentí el rugido que anuncia el deseo, sino suave impulso de revoloteo; sólo de sus alas se oía el murmullo, y sus ojos dulces con lánguido arrullo echaban caricias de luz sobre mí. Con la misma gracia que se abre un capullo sus labios se abrieron, y díjome así:

—Tu Angel de la Guarda soy, tu único amigo, y de tus ensueños hermano y testigo; soy como una joven novia enamorada, que echando al descuido la frente en tu almohada te da juramento de amor inmortal.

¡Soy más que tu vida! La vida no es nada!... ¡Soy algo más grande! ¡Soy el Ideal!

¡Ideal! ¡Fantasma que á encarnar no aciertol... ¡Siempre te disipas en cuanto despierto! Que si en la alta noche bajas sonriente, cuando el alba llega vuelas raudamente y ya en todo el día no vuelves á mí. Si no eres muy necio de la mente ¿por qué me abandonas? ¿por qué huyes así?

Cuanto más ingrata, mujer, más te adoro; soy avaro pobre que sueña en el oro. Desde que oí el eco de tu acento amigo, cuanto más te escondes yo más te persigo. Vi la esencia y busco la forma carnal, y todas las noches me acuesto y me digo: —La noche ha llegado! ¿Vendrá el ideal?

RICARDO J. CATARINEU

CUERPO Á CUERPO

Se han empeñado y lo consiguen. Responden á las pretensiones del obrero con un encogimiento de hombros ó con una descarga, y siguen explotándole, vejándole, desatendiéndole, como si no ocurriese nada, como si no hubiera que temer nada. «Te desprecio, te mato, y á vivir... ¿Quién piensa en los despreciados y en los muertos? ¿Qué puede hacer esa *gentuza* desarmada y hambrienta? ¡Bah! ¿Que se amotinan? Se carga contra ellos. ¿Que el hambre les hace gritar mucho? Se les tapa la boca con un puñado de calderilla... No merece la pena... Sigamos explotándolos y enriqueciéndonos. Para someterlos están los soldados, para dominarlos nuestro oro; la sangre acobarda, el oro humilla. A otro asunto».

¡A otro asunto! Le dicen, y, lo que aún es peor, lo creen. ¡Cuánta ceguera! De igual modo que las razas degeneradas tienen la intuición orgánica de que sus vicios y debilidades fisiológicas las hacen perjudiciales para la especie, y, comprendiendo que deben desaparecer, producen individuos de instinto suicida, así las clases explotado-

ras sienten que sus vicios sociales las condenan á muerte y producen entidades suicidas también. Solo de tal suerte puede uno explicarse la insensata actitud que adoptan los opresores ante las reclamaciones de los oprimidos.

¿Cómo explicar si no que ante el continuo clamoreo de la miseria, del trabajo mal retribuido, del estómago mal alimentado, de una humanidad sedienta de justicia que reclama su puesto en la vida... los gobernantes no resuelvan cosa de provecho, los poderosos permanezcan indiferentes y los estrujadores del pueblo aprieten la muela de su codicia para estrujarle más y para que choquen con mayor abundancia la sangre y el sudor que los enriquecen?

Por si no es esta la razón (de lo contrario holgarían consideraciones y advertencias), bueno es que se fijen un poco en lo que ocurre abajo; bueno es que estudien los acontecimientos con esta cuestión formidable relacionada y que vean á lo que se exponen; porque si no se fijan bien, si no reparan en la actitud de las clases obreras, si no procuran suavizar la pendiente para que el encuentro inevitable entre unos y otros termine en un abrazo, el encuentro será un choque terrible y el abrazo lucha desesperada cuerpo á cuerpo.

Fíjense en ello los que imaginan que las indignaciones del obrero pueden amansarse con un puñado de *perros chicos*, fíjense y vean que los soldados llegan tarde unas veces, que otras son impotentes para reducir á la multitud insurreccionada y que el oro no siempre sirve para dulcificar odios y mantener rencoras.

¿Lo dudan? Pues ahí en Moscu tienen un ejemplo iluminado por las llamas de un incendio, y dibujado con líneas de sangre.

Unos trabajadores rusos, un millar de esos infelices que viven como bestias en cabañas miserables, apizarradas por el hielo, hacen una reclamación á sus patronos, piden aumento de jornal; los patronos se niegan á oírles y la huelga viene; tras de la huelga aparece el hambre, la cabaña sin lumbre, la hembra sin pan, el hijo sin pecho nutrido que lo alimente... El odio, la desesperación, la protesta salvaje de cien generaciones oprimidas sube como una oleada de cólera á aquellos cerebros, sacude con brutal sacudida nervios y músculos; los hombres se amontonan, se apiñan, se miran un instante unos á otros como si dudasen, como si temiesen; los rostros palidecen con palidez trágica, los entrecejos se fruncen, los pechos alientan corto, los puños se crispan... Aquellos hombres esperan contemplando la fábrica donde está su jornal, que les ha cerrado sus puertas. Esperan... ¿qué?... una voz. Y la voz suena. Es breve y terrible como las sentencias de muerte. ¡Destruyémosla! grita la voz... Y la multitud cae sobre la fábrica y las puertas saltan en pedazos y las máquinas son destruidas pieza á pieza, y los que quieren detener á los invasores, destrozados... y una mano... una, la más rápida, acerca una tea ardiendo á cualquier objeto combustible y la fábrica se transforma en hoguera y la multitud de trabajadores que pedían pan, en tumulto de fieras que piden ruinas y desastres.

¿Quién puede detener á esa multitud rabiosa?... ¡Los soldados! Están lejos, muy lejos... ¡La súplica! El rencor es sordo á la piedad. ¡El oro! El oro está allí, á su alcance, en papeles que representan miles de rublos y lo echan al fuego después de hacerlo trizas entre sus manos temblorosas de hombres hambrientos.

¡No; que no ocurra... por vosotros, por ellos!...

¿Qué necio... que no ocurra!

¡Ser más buenos...

No; ser más justos.

JOAQUÍN DIGENTA

POLEN

Como si cayera de frívolas manos, juguetona caía la nieve... las criaturitas, de carnes desnudas que cortaba el cierzo glacial inclemente, temblando de frío buscando un hueco donde guarecerse... Las máscaras, locas, cruzaban riendo... juguetona, frívola, pasaba la gente... las criaturitas ¡sin que nadie siquiera las viesel

¡Y tan juguetona, tan frívola siempre, seguía tejiendo sus tristes y blancos sudarios la nieve!

Dormitan tristes los pobres viejos como abatidos robles tumbados por las borrascas... piensan que nunca llegó la dicha siempre esperada...

Piensen y tiemblan, mas no por ellos, que ya tan sólo para el descanso la muerte aguarda...

¡por los que luchan, por los que esperan tiemblan los viejos sin esperanza!

VICENTE MEDINA

TARJETA POSTAL

(PARA ROJAS)

Comprendo que es una puerilidad... Ya le he felicitado á usted personalmente—la copa en la mano, un brindis, cuyo síntesis era éste: «¡olé los caricaturistas!», después un abrazo muy fuerte y muy sincero, en el que nuestros corazones, al juntarse, latían al unísono—, y, sin embargo, repito que es una puerilidad—quiero hacer público, quiero estereotipar en letras de molde mi felicitación, quiero repetirla á usted en esta hoja del *QUIJOTE*—en esta hoja que usted ilustró tantos años con su lápiz prodigioso—, quiero repetirla á usted mi brindis: «¡olé los caricaturistas!»

Y si se me permite, quiero añadir que hago mío su triunfo de *El Liberal*—sin opción á las doscientas cincuenta pesetas—, y que opino como los señores del Jurado, Villegas, Sorolla y Muñoz Degraín, que es usted uno de los primeros caricaturistas de España.

Un abrazo,

MIGUEL SAAVA

EL VOTO

(MEMORIAS DE UN CANDIDATO)

—¿Por qué no he de ser yo diputado? ¡No lo han sido otros! ¿Crees tú que no poseo tantos títulos como el que más?

—Pero hombre, tú no tienes carácter...

—¿Que no tengo carácter?... Mañana mismo me presento al gobernador y le digo terminantemente que me lance á los comicios. Otros tendrán menos derecho.

—Pues con todo y con eso no conseguirás nada.

—¿Que no? Ya lo veremos. ¿Crees tú que el gobernador va á negarme su apoyo en cuanto le manifieste mi pretensión? No me lo negará, porque sabe que tengo títulos, y ni él ni el Gobierno querrán enemistarse con un liberal probado; sí, señor, probado, que aún tengo en esta pierna una cicatriz de la patada que me dió un inspector de Policía por gritar «viva la libertad!» el año 67.

—Bueno, bueno, no te soñques, que te va á dar la tos, y después, quien las paga es esta infeliz.

—Nada, voy á ver al gobernador y á decirle que escriba á Silvela hoy mismo, avisándole que me presento... ¡Ah! échame un poco de agua de Colonia en esta solapa, que no me gusta oler mal, y el gobernador es hombre muy cariñoso y que se acerca mucho cuando conferencia.

—¿Pero vas á conferenciar?

—Naturalmente! Es costumbre de los hombres políticos.

—¡Ay, Cayo! Quiera Dios que no tengas algún disgusto con esa manía que te ha entrado ahora. Déjate de diputaciones y acuérdate de tu salud, que cuando toses por la noche parece que te cuece dentro una olla.

—¿Qué sabes tú?

—Ya verás el desengaño que recibes.

—Nada, nada, voy á ver al gobernador.

—Pues yo nunca he... ¿qué te ha pasado? ¿por qué siempre fué... ha habido seis diputados... dos ellos les presté mi... las circunstancias y... tes. Bastará con que... á Maura apenas le...

DON QUIJOTE

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID



HOSPITAL DE LA RESTAURACION — Todos heridos de muerte

